

## Editorial

# Deterioro educativo e intelecto general

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

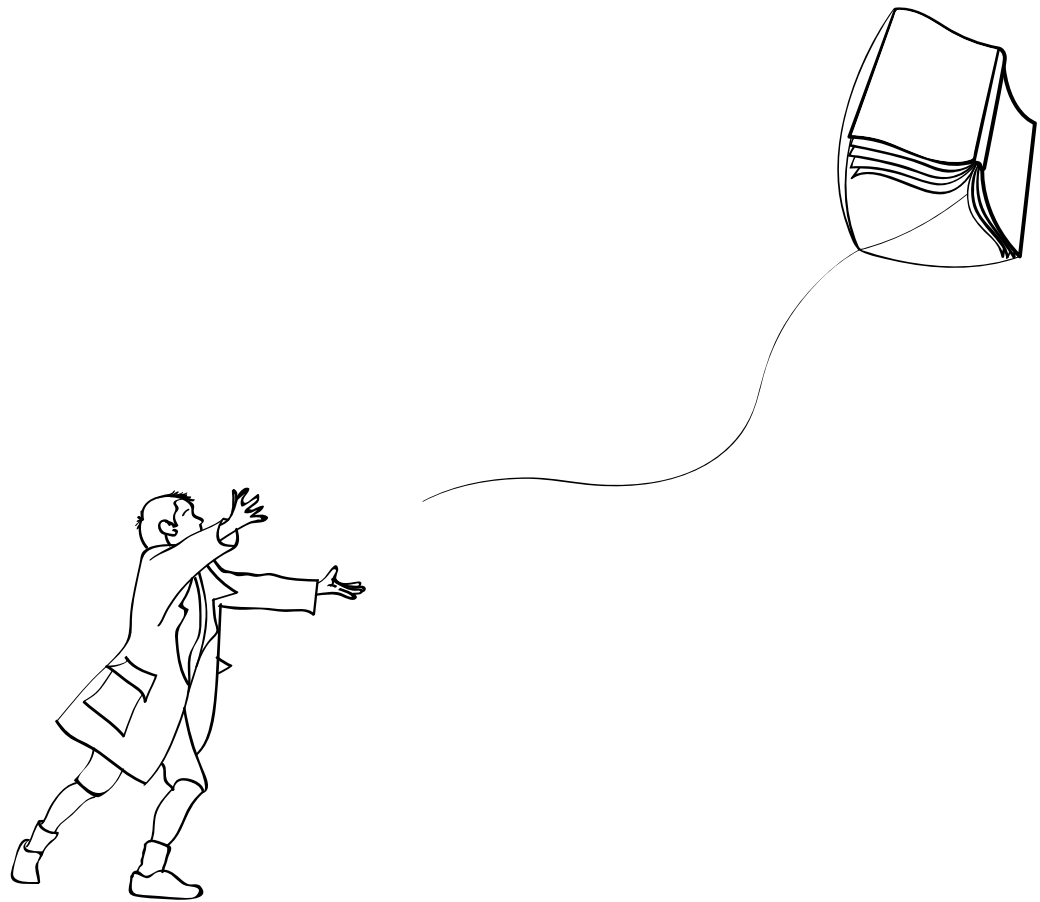
Para entender los alcances del proyecto educativo y la cultura material de un país, el proceso de formación del intelecto general (*General Intellect*)<sup>1</sup> representa un elemento crucial. En el análisis marxista esta categoría se refiere a la condición social del conocimiento que dota a la gente de una cierta capacidad de pensar y de un conjunto de habilidades gnoseológicas y lingüísticas. En este entramado también puede incluirse una gran diversidad de conocimientos formales e informales, modos de vida y saberes, el imaginario colectivo, las inclinaciones estéticas, las mentalidades y las figuras lingüísticas. La consistencia del bagaje cultural brinda determinadas posibilidades para que las distintas clases sociales —según su ubicación y apoyos institucionales— accedan a la variedad de recursos educativos disponibles. Así, los estudiantes podrán disponer de una formación educativa de mayor o menor calidad, que eventualmente les permitirá realizar o frustrar sus expectativas de ascenso social y contribuir o no al desarrollo en los ámbitos local, regional y nacional.

Al interior del ámbito doméstico, por ejemplo, una familia dotada de recursos y bienes culturales (una biblioteca acompañada de há-

bitos de lectura y apreciación artística) con un soporte educativo básico como un espacio de lectura y escritura con mesa de trabajo o escritorio, una dotación de libros de cultura general (literatura, diccionarios y materiales de consulta, aparte de computadora e internet), y si además la comunicación entre los miembros del hogar se expresa con variedad léxica y entablan relaciones con otras personas que comparten inquietudes culturales semejantes, entonces cabe la posibilidad de que los hijos que crezcan en el entorno de esa familia modelo, acaso idílica, accedan de manera más rápida y provechosa a formas elaboradas y complejas de conocimiento.

La formación educativa resulta más acabada cuando los padres o tutores cuentan de suyo con un específico nivel educativo y lo emplean para orientar el desarrollo de los niños y adolescentes. Desde esa perspectiva, las capacidades o debilidades educativas de los hijos dependen, en gran medida, de la educación de los padres y del ambiente cultural en el hogar y en su entorno inmediato. La configuración familiar es determinante en la primera formación vocacional y cultural de los individuos. Sin embargo, cuando las familias atraviesan por procesos de reproducción precaria, están desconectadas de los procesos educativos y de las ciencias, las tecnologías y las artes, o están desgarradas por

<sup>1</sup> Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 2, México, Siglo XXI, 1980.



los flagelos sociales de la pobreza, la migración y la violencia, las posibilidades formativas cognitivas serán muy restringidas, por lo que toda la carga se transmite a las instituciones educativas. La formación de individuos plenos, autónomos, puede ser restrictiva en ambientes familiares idóneos cuando persisten fuertes cargas ideológicas y religiosas que constriñen el desarrollo personal y repelen la sociabilidad en entornos culturales más complejos. El contexto doméstico es una primera instancia donde puede percibirse de manera embrionaria la conformación del intelecto general, pero es evidente que el asunto no se reduce, bajo ninguna circunstancia, a ese ambiente entrañable.

A nivel social, en la escuela se potencian o limitan la formación y logros cognitivos de los niños, adolescentes y jóvenes en sus distintos niveles formativos. El proceso educativo dista de ser un proceso homogéneo, en todo caso está impregnado del carácter clasista de la sociedad. En términos amplios se aprecia que el sistema educativo tiende a reproducir las desigualdades sociales. La educación de calidad se

reserva para los herederos de las clases sociales potentadas, mientras que la educación de mediana y baja calidad se ofrece a los descendientes de las clases trabajadoras y los sectores populares en general. Así, la tentativa de que las escuelas subsanen las debilidades educativas de las familias o nutran las capacidades intelectuales de los estudiantes depende a su vez del proyecto educativo diseñado por el Estado y por las condiciones materiales que soportan a las escuelas en sus distintos niveles. La educación puede ser un mecanismo propagador de las desigualdades sociales y un dispositivo de adoctrinamiento acorde al régimen político, aunque también puede ser en otro contexto un espacio de formación de individuos autónomos, libres y conscientes con la aspiración de formar ciudadanos emancipados en una sociedad más justa e igualitaria.

A fin de impulsar los efectos virtuosos de la educación, las buenas intenciones no bastan. El buen logro del desempeño educativo depende, particularmente, de los recursos destinados al funcionamiento de las instituciones

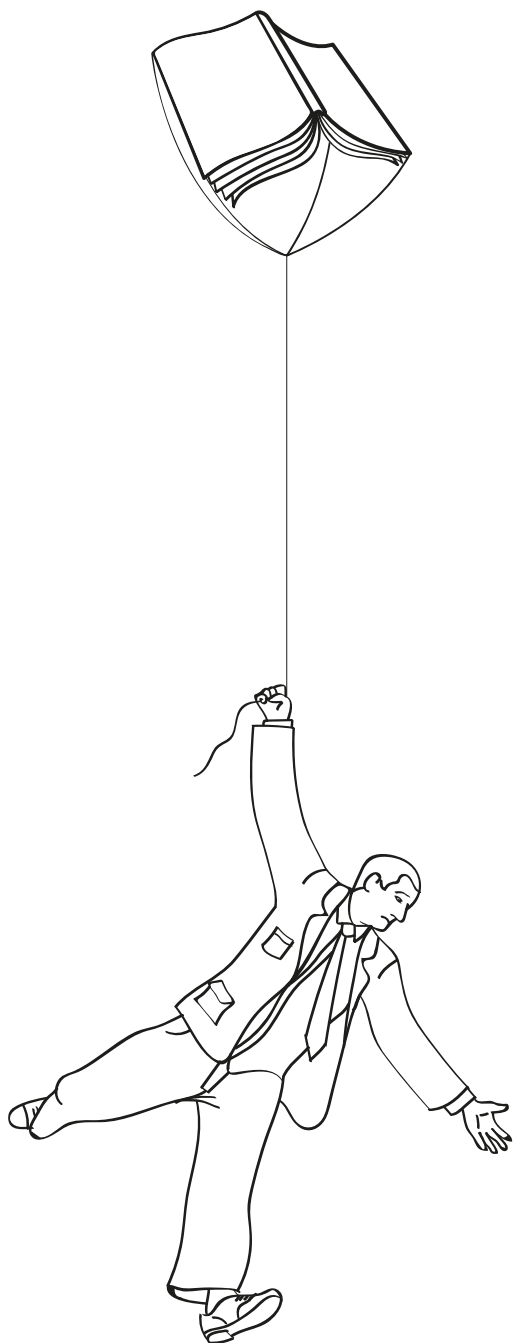
educativas, pero no a título individual o de manera selectiva, sino mediante la articulación de un proyecto educativo que ofrezca trayectorias escolares integrales vinculadas a un proyecto de desarrollo nacional autónomo y socialmente incluyente. Además es necesario formar, no reprimir o controlar burocráticamente a los docentes, para que se asuman como verdaderos profesionales e intelectuales de la educación, capaces de entablar relaciones pedagógicas armoniosas y productivas, en condiciones de trabajo dignas y seguras, infraestructura y equipamiento idóneo, variedad de materiales didácticos, biblioteca y acervo bibliográfico, programas de estímulo a la lectura, habilitación y uso de nuevas tecnologías, etcétera. Las escuelas y los maestros son referentes comunitarios que han perdido relevancia social, y su función requiere ser resignificada dentro de un esfuerzo colectivo por reconstruir el tejido social y conformar un nuevo paradigma civilizatorio.

A nivel macro, el proyecto educativo de una nación es fundamental para configurar una suerte de intelecto general que se enriquece conforme se expande el proceso educativo, pero también puede desmoronarse cuando el sistema educativo es inconexo, degradado y mercantilizado. Si un Estado es capaz de ofrecer educación de calidad para todos —en los hechos y no sólo en la carta constitucional—, está encaminando los esfuerzos colectivos hacia la construcción de un ámbito cultural de primer nivel y de amplio espectro que brinda la posibilidad para que los estudiantes efectúen trabajos intelectuales, científicos y artísticos de mayor calado, de tal suerte que el proceso educativo llega a significar un momento trascendente en la formación personal y comunitaria. No sólo eso, redundando de igual manera en la generación de riqueza al formar ciudadanos y trabajadores altamente calificados, capaces de desarrollar la ciencia y la tecnología, cuya unción puede representar una potencia económica de beneficio colectivo. Y si el modelo económico se

orientara hacia una redistribución social de la riqueza, entonces podría alcanzarse un estadio donde la formación educativa, el conocimiento y las capacidades intelectuales y científicas contribuyen a la formación de una sociedad más justa y equitativa, nombrada de diversos modos en distintos contextos.

Esta sociedad utópica es posible en la medida que el Estado sea reconfigurado, ya no más como una macroinstitución basada en la voluntad de dominación, sino como una instancia que asuma como principio rector la voluntad de vida y se organice como una institución representativa de las clases populares, cuyo proyecto educativo se orienta a formar un intelecto general y una cultura material para sustentar una economía política de la vida. Empero, en el mayor de los casos, la modernidad capitalista se ha decantado hacia la forma de Estado como una instancia de dominación donde prima la voluntad de poder y se concede centralidad a las tecnociencias como la fuerza articuladora de la educación y la cooptación del intelecto general para los fines exclusivos de la maximización de la ganancia. Como fue, la moneda está en el aire.

En países como México, el proyecto educativo y el modelo económico actúan en sentido contrario a la economía política de la vida. Inexorablemente, se deteriora la formación del intelecto colectivo y se fractura la contribución de la ciencia y la tecnología al desarrollo humano. Se ha incrementado en el ámbito educativo el porcentaje de estudiantes con instrucción de educación superior, si se compara con las generaciones precedentes. Desde la fría expresión del indicador de la expansión educativa pudiera pensarse que en el país se afianza la consolidación del intelecto general. No obstante, existen otros indicadores que dan cuenta del fracaso escolar por la baja cobertura en la educación superior, producto de la política de exclusión y el magro financiamiento a las universidades públicas.



El panorama es más grave cuando se comparan las estadísticas internacionales, donde el país detenta los niveles más bajos de educación superior, lo que de hecho representa una profunda duda social del Estado, que repercute en la vulnerabilidad educativa desde los niveles superiores de educación hasta los primarios. Este despropósito redunda en la débil formación del intelecto general. La situación empeora al considerar el hecho de que los egresados de la educación superior tarde o temprano se encuentran con un modelo económico que ofrece pocos espacios laborales, muchos de los cuales son actividades de baja cualificación, donde la dotación de conocimientos es irrelevante.

Para una economía especializada en procesos de exportación basados en trabajo de baja calificación laboral, como las maquiladoras, el extractivismo y la agroexportación, los egresados de universidades y tecnológicos están «sobrecalificados». Es sabido que la economía informal absorbe a 60 por ciento de la población ocupada y que gran parte del empleo formal se deteriora por políticas de flexibilización y precarización. Una política de Estado, incluyente, integral y de largo plazo debe revertir la deuda social educativa pero también cambiar el modelo económico-político para superar la situación de vulnerabilidad educativa con una débil formación de intelecto general y una economía incapaz de absorber a quienes están egresando de las universidades con títulos y certificados no reconocidos por el mercado laboral. Sin embargo, eso será posible cuando digamos afirmativamente que el Estado somos todos y no, como en la actualidad, cuando advertimos que el Estado es un comité oligárquico. ✍